RESEÑAS

RELACIONES 92, OTOÑO 2002, VOL. XXIII

DAVID CHARLES WRIGHT CARR, *LA CONQUISTA DEL BAJÍO Y LOS ORÍGENES DE SAN MIGUEL DE ALLENDE*, MÉXICO, UNIVERSIDAD DEL VALLE DE MÉXICO/FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA, 1999, 160 P., ILUS.

Precedido por un prólogo del ilustre historiador del arte Manuel Toussaint, en 1939 el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM publicó *San Miguel de Allende. Su historia. Sus monumentos*, obra de otro ilustre académico contemporáneo, don Francisco de la Maza, reconocido por sus múltiples aportaciones historiográficas sobre la sociedad y la cultura novohispanas. En dicho estudio, De la Maza dedicó la primera parte a reconstruir desde su perspectiva, a la luz de algu-

nas evidencias arqueológicas, crónicas e historias recientes, los antecedentes precortesianos de la posterior región sanmiguelense y los tiempos y avatares de la fundación de dicho poblado. Entre otras cosas, De la Maza retomó los datos que atribuían a fray Juan de San Miguel la fundación de San Miguel el viejo, conocido como San Miguel de los Chichimecas, además de realizar una interpretación cuestionable aunque comprensible de la población indígena involucrada en ese proceso. Cuestionable por el hecho de repetir una postura del todo occidentalizada sobre los indios de aquellos parajes, a quienes presenta tal y como los definieron los españoles del siglo XVI, esto es, como un "conjunto de tribus irreductibles y salvajes". Comprensible por el escaso avance que en los años treinta acusaban los estudios sobre la cultura de los grupos nómadas y otomíes en el siglo XVI. Lo cierto fue que la visión de don Francisco sobre los orígenes y desarrollo novohispanos de San Miguel estuvo permeada por la imagen de la opulenta villa de San Miguel el Grande, considerada en el siglo XVIII como la joya arquitectónica del obispado michoacano y calificada por el mismo autor como la villa más rica de la Nueva España. El estudio de De la Maza constituyó una versión historiográficamente notable sobre San Miguel y tuvo además el gran mérito de marcar pistas para futuras indagaciones, sólo posibles con la exploración de nuevas fuentes documentales y con la apertura hacia nuevas formas de construir la historia, principalmente la llamada práctica interdisciplinaria. También se hacía evidente la necesidad de contextualizar con mayores elementos el surgimiento de los asentamientos hispanos en tierras chichimecas.

Podemos decir que *La conquista del Bajío y los orígenes de San Miguel de Allende* de Wright Carr es producto de los tres puntos mencionados: nueva documentación, nueva interpretación y comprensión del contexto. Así integrados, el autor desarrolla una investigación breve y sustanciosa en dos direcciones: por un lado, la reformulación y revaloración del papel que desempeñaron los otomíes en la colonización del Bajío durante el siglo XVI; por el otro, la reconstrucción de los orígenes de San Miguel como un proceso complejo que va más allá de actos fundacionales. El cincuenta por ciento del libro está dedicado a lo anterior, la otra mitad está formada por una compilación de quince documentos transcritos por el autor, varios de ellos inéditos y que respaldan muchos de sus argumentos. De esta forma Wright Carr ofrece un libro de historia que combina las dos tareas quizás más elementales del oficio, a sa-

ber, la interpretación a fondo de los testimonios a partir de la crítica documental, y el rescate y circulación de documentos mediante la publicación de transcripciones paleográficas que permitirán avanzar en nuevos estudios. Tal cual, en ese orden, es decir, análisis y compilación de testimonios, labores ejercidas por el autor en su larga trayectoria como estudioso de las fuentes etnohistóricas sobre los otomíes. Mas el tratamiento de los dos problemas rectores de la investigación no se agota en el manejo de fuentes documentales, de ahí que Wright, por la naturaleza misma de los procesos y grupos que aborda, utiliza las aportaciones de la lingüística y la arqueología, además de mantener una mirada antropológica sobre procesos históricos, misma que se hace evidente en las categorías y conceptos que le permiten explicitar relaciones interétnicas y contextos de heterogeneidad cultural presentes a lo largo de la historia del territorio en donde fuera fundado el viejo San Miguel en el siglo XVI. Precisamente en el manejo de la temporalidad se encuentra otro de los puntos que considero más valiosos del ensayo: con la intención de clarificar el papel histórico de los otomíes así como las diferentes sucesiones de acción humana en el territorio de estudio, el autor nos lleva hasta el periodo preclásico tardío y desde ahí remonta siglos para reconstruir la situación de la llamada Mesoamérica marginal antes de la penetración y colonización hispana en dicha zona, abordando este último proceso hasta 1650. Así, Wright divide su estudio y argumentación en tres breves y sintéticos apartados precedidos de un prólogo: el primero está dedicado al estudio de las dinámicas de la frontera norte-central de Mesoamérica; en el segundo explora las identidades étnicas, las migraciones y las interacciones culturales entre grupos mesoamericanos y aridamericanos asociados al territorio de estudio; y en el tercero reconstruye y propone una periodización del proceso de conquista y colonización del Bajío durante los siglos XVI y primera mitad del XVII, tomando como ejemplo el caso de los orígenes y desarrollo del actual San Miguel de Allende. Veamos cada apartado en función de las aportaciones más notables y de los puntos de controversia que me parecen de interés.

Sobre el prólogo llaman la atención tres aspectos específicos que se relacionan directamente con el título de la obra. Primero, el autor establece el concepto de Bajío que considera conveniente a su objeto de estudio. Como sabemos, el término Bajío ha sido uno de los más problemáticos y difíciles de abordar en los estudios regionales. Esa denominación que concentra el

sentido de "tierras bajas" surgió en el siglo XIX, producto de una visión geográfica que se nutrió del desarrollo de la ingeniería y de la cartografía desarrollada en el primer siglo de México como Estado-nación. Sin embargo, el término se popularizó en el centro de México y fue adoptado incluso como una forma común para referirse a la zona que comprende el corredor entre Celaya y León. Diversos estudios históricos realizados en el siglo XX retomaron el término confiriéndole al Bajío diferentes magnitudes territoriales. Autores como Wolf, Luis González y Brading han intentado redefinir el Bajío utilizando como elementos regionalizantes, dentro de una visión histórica, desde la urbanización hasta la estructura productiva. Lo cierto es que la definición regional del Bajío en función de sus procesos históricos ha sido problemática y generalmente discordante con la definición fisiográfica. Wright asume esta última y establece para el Bajío una extensión determinada geográfica e hidrológicamente por "el conjunto de planicies –con una altura de 1 600 a 2 000 metros sobre el nivel del mar– ubicado en la parte meridional de los estados de Guanajuato y Querétaro [...] Abarca los valles y varios afluentes del Lerma [...]" (7) Así, el Bajío se extiende incluso hasta San Miguel de Allende y Dolores Hidalgo, al noreste de la serranía de Guanajuato. Sin embargo, lo que parece haber sido una salida sencilla, se torna en un problema si consideramos que el autor ofrece escribir sobre la conquista del Bajío en su conjunto. El desarrollo de la obra y sus aportaciones sobre el papel de los otomíes en el proceso permiten sentar las bases para un estudio integral al respecto, pero es importante señalar que la manera de utilizar el término Bajío merece una reconsideración que evite confusiones.

El segundo aspecto de interés enunciado en el prólogo tiene que ver con los principales actores del proceso de conquista y colonización del Bajío, a saber, los otomíes: considero que en este punto se encuentra la aportación más relevante de la obra, a tal grado que el asunto de los orígenes de San Miguel parece quedar subordinado al estudio de las dinámicas poblacionales otomíes en el contexto de la conquista española. El tercer punto se relaciona con el uso de las fuentes etnohistóricas. En esto Wright llama la atención sobre el obstáculo que han representado para la comprensión de la colonización del Bajío diversos documentos apócrifos, mismos que han sido utilizados por varios autores como datos provenientes del siglo XVI, cuando en realidad se trata de una memoria histórica tardía construida por los otomíes entre los siglos XVII y

XVIII y que ha sido mal utilizada por diversos historiógrafos. El obstáculo no son, en todo caso, las fuentes apócrifas, sino el uso deficiente que se ha hecho de ellas. Tampoco parece muy convincente el calificativo de apócrifo, pues finalmente estos testimonios responden a impulsos y necesidades muy posteriores de recuperación de la memoria, esfuerzos casi siempre ajenos en aquellos siglos a nuestro actual y cuestionable concepto de exactitud histórica.

En el primer capítulo el autor realiza una reconstrucción sintética, muy bien documentada, sobre las dinámicas de expansión y contracción de la frontera septentrional mesoamericana, retomando el concepto de Mesoamérica marginal para referirse a "una región donde existen vestigios arqueológicos de carácter mesoamericano [...] pero que carecía de sociedades complejas al momento de la conquista [...]" (12) En dicha región se inscribe el territorio del Bajío, sin embargo, éste mantuvo características diferentes a otros territorios también involucrados en la Mesoamérica marginal y que eran sede de culturas nómadas y seminómadas en el siglo XVI. Por ejemplo, a diferencia de Zacatecas y Durango, el Bajío en casi toda su extensión fue el territorio fronterizo entre Aridamérica y Mesoamérica al momento de la conquista. Se trataba de una frontera heterogénea con procesos de contacto e intercambio poco explicitados hasta ahora. La conformación de dicha frontera, producto de sucesivos repliegues de las culturas sedentarias hacia el centro de México, mantiene diversas hipótesis que van desde la clásica visión de Armillas sobre cambios climáticos hasta las también añejas explicaciones sobre el debilitamiento de las metrópolis nodales y sus territorios sujetos en el posclásico temprano.

La síntesis de Wright nos lleva por dos grandes periodos de Mesoamérica marginal. El primero abarca la aparición de los primeros asentamientos agrícolas en el Bajío hacia el 500 a.C. de acuerdo a la evidencia arqueológica disponible, y llega hasta el 900 d.C. con el surgimiento de Tula. En dicho periodo el Bajío fue sede de asentamientos pertenecientes a tres tradiciones culturales mesoamericanas, a saber, Chupícuaro, Chalchihuites y Teuchitlán, sin olvidar el influjo teotihuacano. El segundo periodo se desarrolla posterior al primer gran repliegue de los sedentarios y comienza con el surgimiento de Tula, cuyas provincias abarcaron territorios del actual Bajío oriental, de acuerdo a la delimitación utilizada por Wright. Tras la caída de Tula se da el segundo gran repliegue sedentario prácticamente hasta el río Lerma, además de los pro-

cesos de definición que integraron elementos de tradición nómada en las naciones emergentes del posclásico tardío, principalmente entre los tarascos, los mexicas y por supuesto los otomianos. De todo lo anterior destaca la visión que logra darnos el autor sobre la situación fronteriza hacia 1520 y el acento o llamada de atención sobre la importancia de los señoríos de frontera, Mezquital y Jilotepec, el primero nahua-otomí, el segundo otomí. Del análisis se desprenden conclusiones importantes para la historia prehispánica del Bajío, sobre todo para el posclásico, periodo en el cual esa región mantuvo, de acuerdo a Wright, una división clara en función de las culturas mesoamericanas fronterizas que ejercieron influjo sobre aquel territorio. Así, el autor sugiere para dicha época una división territorial entre el Bajío oriental y el Bajío occidental. El primero fue un territorio de interacción y definición entre nómadas, otomíes y nahuas; el segundo entre nómadas y tarascos.

Con base en lo anterior el autor perfila su reconstrucción histórica hacia las dinámicas de interacción étnica y hacia la situación de los otomíes al momento del contacto con los españoles, temas abordados en el capítulo segundo. En este apartado destaca el esfuerzo y la tendencia de Wright por revalorar el papel histórico de los otomíes, no sólo como los principales conquistadores y pobladores del Bajío en el siglo XVI, sino como uno de los grupos culturales más importantes de la historia mesoamericana. Desde hace algunos años, y gracias al avance de las exploraciones arqueológicas y al análisis glotocronológico, ha sido posible establecer con buenos fundamentos que los grupos otopames tienen raíces muy antiguas en los valles centrales de México. Incluso algunos investigadores han planteado la posibilidad de que hubieran sido grupos otomianos los responsables del origen y florecimiento de Teotihuacan. El autor muestra que durante mucho tiempo la investigación contemporánea hizo eco de las imágenes que sobre los otomíes tuvieron o construyeron los nahuas del posclásico tardío, y que los presentaban como hombres inhábiles y torpes. Esta idea tuvo su expresión más acabada en el uso que los nahuas hicieron de "otomite" como un vocablo despectivo, sentido registrado por Sahagún en el *Codice Florentino*. Coincidimos plenamente con el autor cuando afirma que el papel de los otomíes en las culturas mesoamericanas ha sido poco comprendido hasta nuestros días, sin demeritar con ello las aportaciones de Pedro Carrasco en su estudio sobre dicha cultura prehispánica. Por ejemplo, la glotocronología ha podido establecer que

al menos desde el cuarto milenio antes de Cristo los grupos de filiación lingüística otopame, que posteriormente y mediante un proceso de diversificación interna del idioma dieron origen a los otomíes, los matlatzincas, los mazahas, los ocuiltecos y los pames, habitaban en zonas de los actuales valles de México, Hidalgo, Morelos, Puebla y Tlaxcala.

Todo ello permite cuestionar seriamente la tradicional hipótesis de un origen septentrional y de migraciones hacia el centro de Mesoamérica por parte de los otomianos, alimentada por los datos recopilados en el siglo XVI. Todo indica que este grupo se movió en los últimos siglos del periodo prehispánico en función de diásporas y presiones de otros grupos emergentes, generando su atomización y dispersión. Ello podría explicar la presencia de esta cultura y de pueblos concretos de esta filiación insertos en territorios dominados por nahuas y tarascos; o bien el papel de algunos asentamientos otomíes, por ejemplo Acámbaro, como colchón entre los territorios del centro y occidente mesoamericanos. Existe otro elemento también poco considerado, a saber, la presencia de prácticas religiosas y deidades de estirpe otomí con un lugar notable entre los nahuas del centro. Ni qué decir del señorío de Jilotepec, territorio otomí que en definitiva constituyó la punta de lanza para las incursiones españolas en tierra de los nómadas. Esto fue posible precisamente por las interacciones que los otomíes de Jilotepec desarrollaron con sus vecinos nómadas y seminómadas, dinámica que tuvo su expresión histórica más clara en Conni, comerciante que denota un grado profundo de interacción entre los otomíes fronterizos y grupos aridamericanos. Paralelo al tratamiento y revaloración de los otomíes, Wright aborda en este mismo capítulo una semblanza de los nahuas, tarascos, nómadas y seminómadas, misma que utiliza para contextualizar el complejo panorama que encontraron los españoles en sus intentos por expandir sus conquistas hacia el noroccidente del territorio mesoamericano.

En el último capítulo el autor aborda la colonización del Bajío y la fundación de San Miguel, dividiendo el proceso en cuatro etapas y dando especial atención al origen y desarrollo de dicha población en función del entorno regional, ahora comprensible gracias al insumo de datos y planteamientos realizados en los dos capítulos precedentes. Por supuesto que en la valoración del entorno destacan la situación y acciones de los otomíes, principalmente los de Jilotepec, quienes se constituyeron en los principales aliados de los españoles en sus tem-

pranos intentos por desbordar las fronteras de las culturas sedentarias. El primer periodo de la colonización, denominado como "Etapa clandestina", abarcó de 1521 a 1538 y estuvo caracterizado por la penetración otomí en territorio de los nómadas. En esto influyeron principalmente dos factores: por un lado, movimientos de colonias otomíes provenientes del señorío de Jilotepec hacia tierra chichimeca motivados por la necesidad de refugiarse ante las noticias de la caída de Tenochtitlan y el avance español hacia el noroccidente; por el otro, la posibilidad de los otomíes para realizar dichos movimientos gracias a las relaciones o interacciones que de tiempo atrás tenían con los nómadas y seminómadas vecinos. Destaca en este periodo la colonización acaudillada por Conni, comerciante otomí que impulsó la penetración hacia Aridamérica. A Conni debemos atribuir un primitivo asentamiento al oriente del río Laja y la posterior colonización de la cañada de Andamaxei, germen de lo que sería más tarde Querétaro. Con base en esta colonización los otomíes pudieron mantener cierta autonomía frente a los procesos de conquista española, situación que cambió hacia 1538. Quizás el término "clandestina" no sea el más adecuado para caracterizar a este tipo de colonización temprana del Bajío oriental, pues en estricto sentido no existió clandestinidad. Como lo señalamos, el motivo principal fue establecer colonias autónomas y asentamientos de refugio frente al avance español.

La segunda etapa de colonización es denominada como "Etapa de integración de los otomíes al sistema novohispano", y abarcó, de acuerdo al autor, desde 1538 hasta 1550. En estos años las tierras cercanas a Jilotepec, Acámbaro y Apaseo, en plena frontera con los nómadas, comenzaron a ser otorgadas en encomienda a diversos funcionarios y empresarios españoles. A ello se agrega otro proceso ya conocido, a saber, la necesidad de mayores extensiones para la expansión de la ganadería, actividad que generó desde sus orígenes en México fuertes conflictos con los indios agricultores. La integración de los otomíes al sistema novohispano se dio fundamentalmente por convencimiento y por la promoción que encomenderos importantes, como Pérez de Bocanegra, hicieran de la evangelización como una forma efectiva de lograr pactos con los indios. Lo cierto fue que la acción de los franciscanos, principalmente de los de la Provincia de Michoacán encabezados por fray Juan de San Miguel, fue de especial importancia para la integración de los asentamientos clandestinos previos al sistema tributario. En ello se involucra la funda-

ción hispano-indígena de San Miguel de los Chichimecas hacia 1542, formalizada con la erección del convento franciscano de Santiago y con el aprovechamiento de la anterior colonia otomí de la etapa clandestina. El hecho paradigmático de este proceso de integración está representado también por Conni y su bautizo como Hernando de Tapia hacia 1540, así como por la fundación de Querétaro. A todo ello se agrega la paulatina expansión de los españoles y sus sistemas productivos mediante el otorgamiento de múltiples mercedes de estancias y caballerías de tierra a partir de 1540, así como los nacientes conflictos por el acceso a los recursos, principalmente el agua para riego en la cuenca del Lerma.

El tercer episodio de la colonización, denominado como "Etapa armada (1550-1590)", comprende el periodo de la llamada Guerra Chichimeca, proceso caracterizado por una reacción bélica bien organizada por parte de los grupos nómadas que vieron invadidos los territorios que daban sustento a sus prácticas recolectoras y cinegéticas. La invasión y colonización hispana fue estimulada de manera determinante por el descubrimiento de las minas de Zacatecas en 1546 y de las minas de Guanajuato hacia 1555, acelerando la colonización por diversos métodos y con el objetivo de garantizar para ambos reales mineros el abastecimiento y la consolidación de la nueva ruta de la plata, misma que pasaría por San Miguel. Destacan sobre todo tres procesos: una mayor integración social de los otomíes al nuevo contexto productivo generado por las medianas y grandes propiedades que se formaban en aquellos años; una participación más intensiva de diversos grupos indígenas, principalmente los tarascos, como aliados de los españoles en la guerra contra los nómadas; y una españolización de San Miguel, posibilitada por el debilitamiento y desaparición de San Miguel de los Chichimecas en el contexto de la guerra y por su refundación española como villa en 1555. Este último proceso muestra la prioridad que adquirió el asentamiento y su ubicación como punto estratégico en los planes españoles de defensa y conformación del camino de la plata de Zacatecas a la ciudad de México. Asimismo, el nuevo contexto dado por la fundación de la villa y por un avecindamiento mayor de españoles en ella, permite imaginar lo que pudieron ser nuevos mecanismos de inserción social adoptados por lo otomíes en función de un agro paulatinamente acaparado por los medianos y grandes propietarios y sobre todo por la españolización de la principal cabecera regional del Bajío oriental. Dichos mecanismos estu-

vieron definidos por espacios religiosos y laborales asumidos por los otomíes como elementos de integración enmedio de la inexistencia de poblaciones otomíes de nuevo cuño ante el acaparamiento español, situación que prevaleció a lo largo del periodo novohispano y de la cual existen múltiples ejemplos por ser estudiados.

En el último periodo, denominado "Etapa de la posguerra (1590-1650)", Wright aborda de manera breve la situación y contexto de la villa hacia finales del siglo XVI, y algunas noticias sobre este asentamiento presentes en diversos informes de origen diocesano generados desde Michoacán y su catedral. Destaca la afirmación de haberse consolidado San Miguel como "un centro para integrar a los chichimecas al sistema novohispano" (63). En efecto, al menos para la zona del Bajío oriental y que comprendió a las importantes villas de Celaya y San Miguel, es posible destacar la función de los otomíes como eslabones importantes en el aculturamiento de los chichimecas pacificados durante el largo proceso de guerra, sin olvidar las migraciones tlaxcaltecas hacia poblaciones surgidas tras la paz u organizadas hacia el final del conflicto con fines también de aculturamiento. Más que conclusiones en torno a los complejos procesos que aborda y que sugiere, el autor cierra la parte interpretativa del libro con un epílogo cargado de sugerentes afirmaciones que bien pueden constituir el cimiento de nuevas investigaciones sobre el tema.

No parece exagerado afirmar que el libro de Wright, al lado de otras aportaciones historiográficas que ha realizado en los últimos años, permitirá replantear no sólo los mecanismos de colonización agrícola e hispano-indígena del Bajío oriental, sino también las relaciones que existían entre grupos de economía diversa a nivel de la frontera septentrional que detentaba Mesoamérica en el siglo XVI, incluidas principalmente las relaciones entre grupos otomíes de estirpe mesoamericana y sus vecinos nómadas y seminómadas. Todo indica que la situación fronteriza entre nómadas y sedentarios merece una revisión profunda, sobre todo a partir de la evidencia etnohistórica que sugiere relaciones comerciales y culturales entre aridamericanos y mesoamericanos. Ello podría aportar explicaciones para entender porqué en el contexto del Bajío, con toda la extensión que le da el autor, la presencia otomí se mantuvo vigorosa al menos hasta el siglo XIX. Basta revisar los padrones que a finales del siglo XVIII registraron a la población de Dolores y San Miguel, documentos que delatan lo que para entonces sería un antiguo avecindamiento otomí en ambos contextos urbano-españo-

les, con todo y caciques y gobernador de república; o bien la presencia que en el agro de la jurisdicción de la alcaldía mayor de San Miguel se percibe de la población otomí organizada en ranchos y "puestos" al interior de las haciendas. Ni qué decir de los múltiples casos de pleitos llevados hasta la Audiencia de México por los fiscales otomíes con miras a lograr el reconocimiento de diversas poblaciones constituidas desde antiguo y generadas por el avecindamiento de mano de obra en las haciendas de la región. El actual territorio guanajuatense abunda en casos históricos como el anterior. Habremos de esperar entonces el diálogo con otros autores y con nuevas investigaciones que logren esclarecer el peculiar contexto de colonización en el Bajío, los procesos de persistencia étnica otomí en dicha región y sobre todo sus mecanismos. En ello el libro de Wright ha sentado sólidas bases.